

• ENTREVISTA • PEDRO VALLÍN PERIODISTA Y CRÍTICO DE CINE

# “Las etiquetas fijadas por el análisis cultural encierran un elitismo bochornoso”

El periodista publica ‘¡Me cago en Godard!’, un divertido ensayo sobre Hollywood como termómetro del mundo

Carlos Gurpegui  
Madrid

“Me gustaría creer que soy optimista, curioso, devoto y envidioso de las inteligencias ajenas. Me esfuerzo por ser un hedonista con una rotunda determinación a disfrutar de la gente y de la vida, y en simpar batalla contra el inmerecido prestigio intelectual del pesimismo, la solemnidad y el sufrimiento”. Así se autopresenta Pedro Vallín, autor de *¡Me cago en Godard!* (Arpa Editores), su primer libro, aunque parezca haber picado treinta antes. “Pedro Vallín ha escrito un ensayo herético que defiende que no, que ni los superhéroes yanquis defienden la propiedad privada ni el cine de autor europeo transmite valores progresistas”. Y es que en esto del cine y su mirada, todo es cuestión de postura e impostura.

¿Qué pasa al final, las películas de superhéroes son como las hamburguesas? ¿Se une o disiente frente a Scorsese, Coppola y Loach?

Disiento, claro. En realidad, lo que les ha salido a los tres es una expresión de desafecto hacia la juventud, hacia sus gustos y sus hábitos, que es más vieja que el mundo. Hesiodo, Platón y Sócrates ya miraban a los jóvenes griegos con espanto, convencidos de que traerían la decadencia al mundo con sus comportamientos y gustos. Hacerse mayor es duro. Lo más triste es que con su juicio severo sobre las películas de superhéroes y su negativa a considerarlas cine, no se sitúan muy lejos del insoportable Jean-Luc Godard, que cada vez que le acercan un micro dice que el cine está muerto. A menudo la gente, al envejecer, confunde su decadencia con la del mundo. No es una cuestión de cine. Ahí tiene a Vargas Llosa añorando los grandes debates culturales de la época de Ortega y Gasset. Es decir, añorando una sociedad en la que más de la mitad de la población no sabía leer ni escribir. Ay, los viejos y buenos tiempos, tan viejos y tan poco buenos.

¿Qué es lo que más se acostumbra a sancionar del cine de Hollywood?

Se identifica América con el capitalismo como sinónimos, así que todo. Desde que la gente tenga un banco en el porche y una

canasta sobre la puerta del garage, hasta que sonría. Y por supuesto, los finales felices. La desgracia es un deber para la crítica cultural, seguramente por influencia del cristianismo, que impone que la virtud se conquista por el sufrimiento. La crítica de cine es un cruce del ciego Jorge de Burgos, de *El nombre de la Rosa*, y el gastrónomo Anton Ego, de *Ratatouille*. Es asombroso con qué facilidad olvidamos que Estados Unidos, además de un sistema capitalista, como todos los Occidentales, también es una democracia liberal. Y, a diferencia de Europa, nunca ha sido otra cosa. Y que Hollywood es el conglomerado cultural que más y mejor ha analizado críticamente esa sociedad liberal, sus éxitos y sus demonios.

¿Qué es el placer culpable para un aficionado al cine?

No existe. O no debería existir. Es una obligación moral que impone la crítica académica: Como el disfrute es pecado, sentir placer con películas bonitas, entretenidas o edificantes ha de hacernos sentir mal. Así que confesamos nuestros gustos pidiendo perdón por ellos. En resumen, una sinvergonzonería.

¿Una película del *system* injustamente denostada?

Hay cientos, pero *Slumdog Millionaire*, de Danny Boyle. La

crítica española se cebó. Y todo porque cantan y bailan al final.

Y al revés, ¿una cinta sobrevalorada y malinterpretada, que no es para tanto?

Cualquiera de Godard posterior a la muerte de Truffaut, desde *Yo te saludo*, *Maria* hasta *El libro de las imágenes*. Sin excepción. Aunque también es verdad que aún peor que sus pelis son sus peroratas.

¿Cuánto peso tiene lo social en el ADN del cine americano?

Todo. Uno de los procesos que explico en el libro es cómo la creación cultural de raigambre y vocación populares, o sea, eso que peyorativamente llamamos cine industrial, es incapaz de abstraerse de los humores sociales de su época. Por eso es mucho mejor termómetro del mundo el cine de Hollywood, al que trata de desdanzarse con el apelativo de *comercial*, que los egotours y las solemnidades a los que nos someten a menudo los autores.

Porque siempre se ha sido más condescendiente con cinematografías garantes del llamado cine de autor.

Por el peso de la idea del artista, en los términos en los que la construyó el romanticismo, que es una de las corrientes de pensamiento más reaccionaria de los últimos trescientos años: el artista es un genio, un demiurgo, un mortal conectado con lo trascendente que nos ilumina el camino. O sea, un cura. Y porque todos queremos retratarnos en nuestros gustos: confundimos, como dice Félix de Azúa, lo que nos gusta con lo que nos gustaría que nos gustara. Para darnos pisto. Y esto, por cierto, explica también el porqué del placer culpable.

¿Pasa lo mismo con el cine español? En nuestro séptimo arte hay más tipos de directores que de géneros.

Me preguntaba un periodista hace unos días si el éxito de la idea del *auteur* en el cine español tiene que ver con las estrecheces de nuestros presupuestos. Es una idea realmente provocadora: la genialidad artística como parapeito de la precariedad. Es un elogio de la bohemia, el poeta pasando hambre. Es decir, de nuevo, puro romanticismo. En todo caso, el cine español tiene expresiones de



Pedro Vallín, crítico de cine y fundador de los Premios Feroz

ambas corrientes, con la novedad de que en los últimos veinte años, gracias a las escuelas de cine, hemos producido una gran cantidad de cineastas con unas habilidades narrativas asombrosas. Eso hace que hoy asistamos a proyectos más o menos exitosos de cine de género que, como en el caso americano, se pega a la vibración de la época. Es el caso del trabajo de Alberto Rodríguez, Rodrigo Sorogoyen, Garaño y Gorenaga, Nacho Vigalondo... Y también tenemos al autor que

nos habla de su propio mundo creativo o biográfico, abstraído del tiempo y el territorio, desde Almodóvar a Carlos Vermut o Albert Serra. Lo único que veo preocupante hoy es la comedia, que se ha contagiado del lepenismo que arrastran todas las comedias francesas de éxito.

¿Su libro es un precioso ensayo, un tratado muy original sobre los géneros cinematográficos.

Gracias. A ver, como se trata de quitarle el sambenito al

de Hollywood, me parecía que una buena idea era repasar algunos de esos arquetipos que asociamos a la idea de cine hollywoodiense y rascar en ellos, del cine mudo a la ciencia ficción, a ver si es cierto que promocionan valores reaccionarios, imperialistas o neoliberales. Y observar cómo esos arquetipos y géneros evolucionan con el paso de las décadas, siempre sensibles al fragor del mundo. Reduje la lista todo lo que pude para que, siendo elocuente de lo que quería contar,

no resultara un libro académico, una especie de tesis doctoral exhaustiva. Siempre he tenido la sensación de que el academicismo a menudo consiste en sustituir el pensamiento por listados. O como diría el hostelero besalis-ko Dexter Jettster, de Star Wars, confundir el conocimiento con la sabiduría.

¿Habla de espectadores pretendidamente progres y cultos... ¿somos lo que vemos?

Bueno, es una caricatura. El libro es para mí, o para cual-

quier que se parezca a mí: que disfrute del cine, que tenga curiosidad y que le gusten las disquisiciones que de las películas se derivan, que para mí son un placer incomparable. Si el título del libro es una blasfemia, el subtítulo es una broma porque me estoy caricaturizando a mí y a la gente con la que me relaciono. No sé si somos lo que vemos. Seguramente no, salvo en la adolescencia, cuando construimos una identidad a partir de aquello que nos emociona, y todo nos

• CURRÍCULO •

## Un asturiano para quien el ‘Proces’ catalán es Godzilla

Pedro Vallín (Colunga, Asturias, 1971) es periodista. Ha ejercido con versatilidad forzosa en las secciones de Sucesos, Local, Economía, Cultura y Política de medios como La Nueva España, El Comercio y Metro, así como en media docena de páginas web. Es uno de los padres (y avalistas) de los Premios Feroz, los Globos de Oro del cine español, y en la actualidad cultiva en La Vanguardia una licenciosa forma de crónica política en la que el procés es Godzilla y las cloacas del Estado, una tragedia de Sófocles. También se le puede encontrar en Twitter, red social en la que tiene más de cuarenta mil seguidores. *¡Me cago en Godard!* es su primer libro.



Portada del libro de Pedro Vallín

parece revelador y asombroso. Canciones, tebeos, películas, novelas o videojuegos.

¿Qué es lo peor de un cine elitista?

Si sabes que lo es, nada. El problema es que se pretenda una expresión cultural en algún sentido más virtuosa que el que no aspira a tal etiqueta.

¿Qué autor le debe unas cañas? ¿Qué director o realizadora sale mejor parado en su libro?

Hablo muy poco de cosas que no me gusten. De hecho, con la excepción de Haneke, no creo haber nombrado a un solo cineasta en el libro por cuyas películas no sienta devoción. Incluidos los autores. Así que los directores que nombro, en general salen bien parados. En todo caso, con este libro dejo a deber muchas cañas a todos aquellos cuya sabiduría pongo al servicio de mi tesis, desde Jordi Balló y Xavier Pérez, hasta Rousseau o Baudrillard, pasando por Savater, Walter Benjamin, Javier Gomá, Romá Gubern, Javier Lluengos, Carlos Heredero, Sánchez Biosca... Y claro, el libro le debe la vida al periodista David Remartínez, que tuteló párrafo a párrafo que el libro fuera como debía ser.

Entre exabruptos, ¿qué es lo más irreverente que podemos encontrar en ‘¡Me cago en Godard!’?

No lo sé, porque la vocación del libro es poner en solfa un montón de lugares comunes que nos tragamos como dogmas. Creo que hay una tensión que recorre el libro que es la de desnudar categorizaciones clasistas, etiquetas fijadas por el análisis cultural que hemos dado derivan, que para mí son un placer incomparable. Si el título del libro es una blasfemia, el subtítulo es una broma porque me estoy caricaturizando a mí y a la gente con la que me relaciono. No sé si somos lo que vemos. Seguramente no, salvo en la adolescencia, cuando construimos una identidad a partir de aquello que nos emociona, y todo nos

parece revelador y asombroso. Canciones, tebeos, películas, novelas o videojuegos.

¿Qué cree que diría el Joker de Phoenix sobre su volumen? ¿Dónde se posicionaría?

Supongo que le prendería el fuego sin abrirlo, porque aparece el brazo de Superman en la portada. En todo caso, el anarcosocialista Arthur Fleck no tiene pinta de ser un gran lector ni de atender a nada que no sea su propia ira y su autocompasión.

¿Y el actual Areta del Crack de Garci?

Quiero creer que lo devoraría con fruición. Sobre todo, por los capítulos del cine negro, la screwball comedy y el western. Sospecho que le gusta el cine clásico.

¿Cuánto de humor hay en su libro?

Pues espero que mucho. Sería un contrasentido clamar contra el prestigio de la solemnidad, la gravedad y el pesimismo con un discurso solemne, engolando la voz. Se puede ser sofisticado y penetrante sin necesidad de fruncir el ceño y escribiendo desde la ligereza, el buen humor y hasta la autoparodia.

¿Es el cine una de las artes más gozosas?

Para mí es una expresión cultural perfecta por su combinación de placeres estéticos y astucias narrativas. Seguramente, esta hegemonía comenzará pronto a palidecer ante el progreso del videojuego narrativo, que sinceramente cada vez me resulta más satisfactorio.

¿No obstante, sea bueno... ¿una película del *vanidoso Godard* que todavía le guste?

Me siguen gustando las que siempre me han gustado, sobre todo, *Al final de la escapada*, *Banda aparte* y *Pierrot, el loco*. Otras, como *El desprecio*, *Lemmy contra Alphaville*, de la que tenía un gran recuerdo, o *La chinoise*, se me han venido un poco abajo. Pero ya le digo, después de la muerte de Truffaut no le he visto ni oído nada que no se me haya antojado una irritante pérdida de tiempo

“A menudo la gente, al envejecer, confunde su propia decadencia con la del mundo”